

## CRÓNICA

### BREVE NOTICIA DEL MONASTERIO BENEDICTINO “SANTA MARÍA DE GUADALUPE” México

Parecía que todo continuaría con el mismo ritmo en los Colegios Motolinía: inscripciones, principio de cursos, pruebas en el año, exámenes finales, fiesta de graduación, vacaciones.

Y fue precisamente en las vacaciones de 1954, cuando la “Madre Padilla” como la llamaban a la hermana Soledad Padilla Rivera, en la Congregación de Misioneras de Jesús Sacerdote, tuvo en sus manos el libro “HOMBRES Y DIOS” de Pieter Van der Mer de Walcheren en cuyas páginas encontró la revelación de la vida benedictina.

Este descubrimiento la sacudió interiormente porque era nada menos que la respuesta -según ella decía- a un antiguo anhelo de vida totalmente dedicada a la alabanza divina. Inició desde luego un estudio detenido de la Regla de san Benito y descubrió que era el espíritu que satisfacía plenamente sus anhelos, de ser, ya desde esta vida, lo que dice san Pablo en la Epístola a los Efesios: “... *a fin de que cuantos esperamos en Cristo seamos para alabanza de su gloria*” (Ef 1,12).

Otras hermanas tenían también nostalgia de la vida contemplativa, ella lo sabía muy bien, pues era entonces miembro del Consejo General de su Instituto, así que toda emocionada, les mostró la piedra preciosa que acababa de descubrir; después de orar y reflexionar durante algún tiempo, dos de las hermanas, junto con la Madre, acordaron “vender todo, para comprar el campo donde había sido hallado el tesoro”.

En nombre propio y de las dos hermanas, habló sincera y confiadamente con la Reverenda Madre General, la cual verdaderamente comprensiva y respetuosa de las mociones del Espíritu Santo, consultó con quienes podrían escrutar los designios de Dios sobre aquellas almas y comprobando la seriedad y madurez de la decisión, les permitió llevar a cabo los trámites canónicos para que pudieran hacer una prueba, guardando los votos religiosos.

El 5 de agosto del año 1955, salieron para ir a Bélgica, al Monasterio “Ancilla Domini”, en Ermeton s/ Biert, donde recibirían la formación benedictina monástica, a fin de regresar más tarde a fundar en su patria. Acogidas con generosa y fina caridad en dicho Monasterio, hicieron un año de noviciado, cambiando el 11 de octubre de 1956, sus votos religiosos por los votos monásticos. Permanecieron un año más como profesas, profundizando en el estudio de la Santa Regla y viviéndola en comunidad con aquellas admirables monjas, cuyo ejemplo las impresionó hondamente.

Como toda la formación se hizo con miras a la fundación mexicana, durante el año de vida profesas, aprendieron a ganarse la vida, como lo quiere N. P. San Benito: “...pues entonces son verdaderamente monjes...”. Para ello trabajaron en dos de los talleres del Monasterio: encuadernación y tejido de telas a mano para la confección de vestiduras sacerdotales; la hermana Soledad -desde la profesión hermana Beatrix- se dedicó al estudio del canto gregoriano, pues su antigua formación musical la hacía especialmente apta para ello y así, la pequeña comunidad, al volver a la patria podría cumplir, en primer lugar, con la “tarea de su servidumbre”, cantando las alabanzas de Dios.

Las Superiores tuvieron especial empeño en que visitaran algunas Abadías y Monasterios Europeos, como lo hicieron en Bélgica, Alemania y Suiza; en Roma tuvieron la oportunidad de pedir la bendición del Santo Padre para la nueva fundación. Finalmente el 10 de octubre de 1957, pisaban playas mexicanas, para luego establecerse en la Diócesis de Cuernavaca, cuyo

Obispo se dignó erigir canónicamente el Monasterio el 12 de diciembre del mismo año, como Monasterio dependiente del de Bélgica.

La pequeña comunidad estaba formada por cuatro miembros solamente, tres profesas y una novicia que las había alcanzado en Europa; poco después llegaron dos postulantes, con lo que la vida monástica pudo organizarse un poco mejor.

El Monasterio nació y ha sobrevivido bajo el signo de la Cruz, como acertadamente se los había predicho la Madre Priora de Emerton, verdaderamente inspirada, pues antes de establecerse definitivamente, circunstancias bien amargas las obligaron a peregrinar varias veces, como Abrahán, de un lugar a otro. En la penúltima etapa de esa peregrinación se consolaron por la lectura del Profeta Amós en la Misa de Témporas de setiembre de 1968: *“Esto dice el Señor Dios: mirad que vienen días... y sacaré de la esclavitud a mi pueblo de Israel y edificarán... y los estableceré en su propio solar y nunca más volveré a arrancarlos de la tierra que les di; lo dice el Señor Dios tuyo”*.

Están ya en su tierra prometida, porque el Señor es fiel a sus palabras, desde el 30 de mayo de 1969, bajo el amparo de los venerados restos de la que fue inspiradora y madre de la vida benedictina monástica, en tierra mexicana. La lápida que cubre sus restos en la capilla expresa bien la misión a la que Dios la llamó: *“Si el grano de trigo muere, da mucho fruto”*. Esperan, pues, esa cosecha en la fe; mientras tanto, cumplen la divisa de N. Padre san Benito “Ora et Labora”, aguardando que la semilla arrojada en tierra crezca y se convierta en un árbol donde puedan anidar las aves del cielo.

La Providencia se valió, para proveer a la construcción del Monasterio, de algunos bienhechores mexicanos, pero muy principalmente de la caridad de nuestros hermanos católicos alemanes, que con tanta generosidad ayudan a la Iglesia de América latina.

Grupos de sacerdotes, religiosas, muchachas y personas distintas, vienen a su modesta hospedería para realizar estudios o retiros, jornadas, etc. Por eso, como lo indica la Santa Regla, hay siempre “camas aderezadas para los huéspedes que nunca han de faltar en el Monasterio”. El Señor les ha concedido asimismo poder ayudar a las mujeres pobres de la región, víctimas casi siempre de un trato injusto, sin esperanza de un pequeño respiro en su situación. Vienen al Monasterio, donde dos hermanas principalmente, les han enseñado corte, tejido a mano y a máquina, remiendo, etc. Ahora ya funcionan en el pueblo algunos talleres familiares, que han aliviado su situación económica y dan un sentido mejor a su vida. También un pequeño Dispensario presta sus servicios una vez a la semana.

El monasterio fundador no pudo, en un principio, prestar elementos de su comunidad porque había ayudado a otras comunidades en Bélgica, Alemania y Suiza. Posteriormente, de manera sucesiva envió a tres de sus monjas que prestaron una valiosa ayuda a la fundación; aún queda una de ellas que junto con las siete mexicanas, forman la actual comunidad de profesas.

Las hermanas esperan, con una fe profunda, los relevos que aseguren el porvenir de la comunidad. Cuentan con la intercesión de su fundadora, la Madre Beatrix, a quien el Señor llevó a su Reino, el 1° de mayo de 1963 víctima de una larga y penosa enfermedad. Ahora, en la visión del Señor Jesús a quien tanto amó, pedirá esas almas de alabanza. *Fiat!*